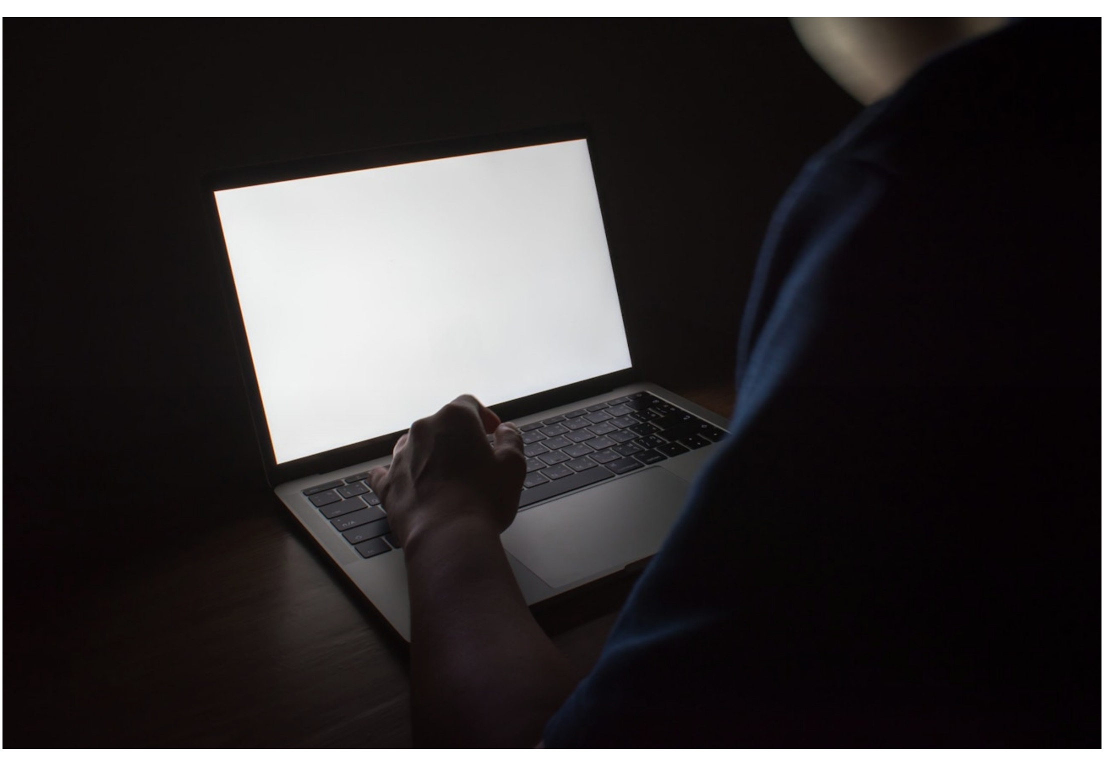
¿QUÉ ES EL CONSERVADURISMO ESTADOUNIDENSE?

El conservadurismo estadounidense es un fracaso

El movimiento se ha destruido a sí mismo a través de su búsqueda de una libertad sin restricciones.



Sohrab Ahmari
21 de julio de 2020 | 12:01 a. m.

El conservadurismo estadounidense es... un fracaso. Si la misión perenne de nuestro movimiento es *preservar* la promesa de la Declaración de vida, libertad y la búsqueda de la felicidad, bueno, miremos a nuestro alrededor.

Somos prisioneros de nuestra propia morada. En la televisión, un carrusel perpetuo de expertos nos bombardea con malas noticias y estadísticas desalentadoras. Nuestros hijos, si los tenemos, están absortos en sus pantallas, sin poder jugar ni subirse al columpio ni al sube y baja, incluso cuando el buen tiempo los invita a salir. Puede que nos despidan o nos suspendan el trabajo, e incluso si tenemos la suerte de teletrabajar, observamos con ansiedad cómo los despidos ascienden en la escala social: *¿Cuánto tiempo podré conservar mi puesto?*

No podemos dormir por la noche. Estamos pegados al fantasmal resplandor azul de nuestros dispositivos inteligentes, navegando sin parar por las redes sociales, discutiendo inútilmente con desconocidos. Muchos de nosotros también activamos el modo incógnito de nuestros navegadores para observar fantasmas digitales carnales y quejumbrosos; el medio, de alguna manera, nos ha condicionado a olvidar que son seres humanos reales, participando en un acto debidamente ordenado para traer *nueva vida* al mundo.

Afuera, las calles están desiertas; los pocos rostros que encontramos, enmascarados, sospechosos, extraños. Robots policiales voladores dan órdenes a los ciudadanos. Y si tenemos la mala suerte de vivir en núcleos urbanos, corremos el grave riesgo de que alborotadores y terroristas de Antifa destruyan nuestras vidas y propiedades explotando un caso real de injusticia policial.

Libertad, en verdad.

Para ser claro, no sugiero que la pandemia en sí sea únicamente una crisis de nuestros sistemas sociales, económicos y culturales particulares; las enfermedades nos han acompañado desde tiempos inmemoriales. Tampoco cuestiono la sensatez de los confinamientos, aunque tengo mis dudas. No, lo que argumento es mucho más radical y desolador: a saber, que la pandemia y nuestra respuesta simplemente han ampliado y acelerado tendencias que ya estaban en marcha mucho antes de que el virus llegara a nuestras costas.

Consideremos. Mucho antes del brote, estábamos sujetos al gobierno de una vasta clase de expertos. Y esto fue por elección propia. Nuestras propias decisiones políticas —más crecimiento, más productividad, más avances tecnológicos, ¡más, más, más!— hicieron necesaria a esa clase. Y empoderamos aún más a los expertos al abandonar la amplia explicación de la razón heredada de la tradición clásica y cristiana en favor de una perspectiva estrictamente científica, según la cual la «verdad» es solo lo que podemos percibir con los sentidos, medir con instrumentos y expresar en gráficos y fórmulas.

Mucho antes del brote, nosotros y nuestros hijos éramos adictos a las pantallas: una tiranía tecnológica que nuestro impulso antitiránico no pudo resistir. Durante varias generaciones, el conservadurismo estadounidense solo ha vivido con el temor a la tiranía pública o gubernamental, ignorando con determinación la posibilidad de que los actores privados también puedan ser tiranos.

Mucho antes del brote, la clase trabajadora estadounidense de todas las razas vivía con el temor constante de perder sus medios de vida, a pesar del repunte del empleo y el crecimiento pre-coronavirus; para ellos, la inseguridad social, fruto de la automatización y la globalización ilimitadas, era una forma de vida. Ahora, muchos compartimos su suerte. No hay razón para pensar que el sistema que hace mucho tiempo condenó a la clase trabajadora a una vida precaria no se adapte ahora ampliando el alcance de la precariedad.

Mucho antes del brote, nos encontrábamos en un estado de profunda decadencia moral y cultural. Cientos de millones de visitantes accedían a Pornhub a diario para ver imágenes cada vez más extremas, incluyendo, ahora lo sabemos, imágenes de menores víctimas de trata.

Mucho antes del brote, perdimos nuestras plazas públicas debido a una comercialización generalizada. Mucho antes del brote, ya practicábamos el distanciamiento social, con profesionales y directivos de la alta sociedad manteniéndose a más de dos metros de distancia de la clase trabajadora impulsada por Trump y el Brexit, y las interacciones entre clases sociales se reducían al mínimo indispensable.

Mucho antes del brote, el sueño de un mundo sin fronteras había devastado a las clases bajas, aunque la "máscara" filtrada por Instagram de una "aldea global" idealizada impidió que las clases altas se dieran cuenta. Además, podían considerarse virtuosas por promover la "representación" y la "diversidad", en lugar de la justicia real.

Una república, según una definición muy antigua, requiere un pueblo *auténtico* , un pueblo «asociado con la justicia y la consecución del bien común». Una ideología que niega que el bien común sea *cognoscible* , y mucho menos legislable, estaba destinada a crear un vacío de identidad auténtica y humana, que sería llenado por diversos charlatanes de identidad. Los Fundadores veneraban al autor de esa definición, Cicerón. Sin embargo, hoy en día, el bien común, y el pensamiento clásico en su conjunto, son objeto de odio en muchos círculos «conservadores».

No es de extrañar que los conservadores estadounidenses hayan fracasado en gran medida en frenar, y en muchos casos incluso en incitar, estos acontecimientos. En cada uno de ellos, y en muchos otros similares, vemos cómo se desarrolla la misma extraña paradoja: cómo la demolición de las barreras a la elección y la autonomía individual nos deja menos, no más, libres.

La abolición de la regulación moral dejó a millones de personas adictas a la pornografía, privadas de libertad y degradadas. La ruptura de las barreras contra los monopolios tecnológicos dejó a los estadounidenses, especialmente a los niños, en deuda con oligarcas con el poder de moldear su pensamiento, con neurocientíficos a sueldo para hacer que el mundo digital sea aún más adictivo. El libre comercio sin límites enredó nuestros asuntos con los de un régimen comunista; un virus chino finalmente nos encerró. La mercantilización sin límites destruyó nuestra plaza pública.

Los sabios conservadores del siglo pasado nos advirtieron sobre esto, pero la corriente dominante del movimiento los silenció, los ridiculizó sin cesar llamándolos teócratas y chiflados, los canceló, los abordó. Recordemos, por ejemplo, el

This article appears in the July/August 2020 issue.

discurso de graduación de Alexander Solzhenitsyn en Harvard. ¿Por qué un escritor que sobrevivió al gulag les diría a los estadounidenses en 1978 que no podía recomendar su modernidad "libre" como modelo a sus compatriotas atrapados en la Unión Soviética?

El problema que Solzhenitsyn identificó en Harvard es precisamente el que ahora nos asalta. «La sociedad occidental actual», dijo, «ha revelado la desigualdad entre la libertad para el bien y la libertad para el mal». Tratamos ambas como iguales, olvidando que esta última, la libertad para fines antinaturales o inhumanos, ni siquiera es libertad, correctamente entendida. Mientras tanto, la verdadera libertad acepta los límites, la autoridad y el orden, no a regañadientes, sino como sus amigos, defensores y benefactores.

Insistir en esta distinción será la gran tarea de los conservadores de mi generación. Al hacerlo, podríamos recuperar la promesa de la Declaración y dar verdadero sentido a nuestra aspiración común de ser una Tierra de Libertad.

Sohrab Ahmari es editor de artículos de opinión del New York Post . *Está terminando un libro que explora 12 preguntas que nuestra cultura no se plantea, del cual se adaptan partes de este ensayo.*

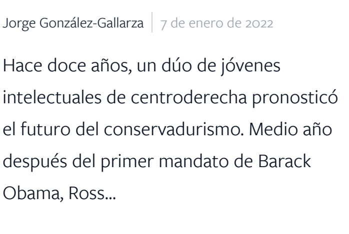
ACERCA DEL AUTOR

Sohrab Ahmari

Sohrab Ahmari es fundador y editor de la revista *Compact* , editor colaborador de *The American Conservative* e investigador visitante del Centro Veritas para la Ética en la Vida Pública de la Universidad Franciscana. Entre sus libros se incluyen *"Tyranny, Inc.: How Private Power Crushed American Liberty–and What to Do About It"* (Forum Books, 2023), *" From Fire, by Water: My Journey to the Catholic Faith"* (Ignatius, 2019) y *"The Unbroken Thread: Discovering the Wisdom of Tradition in an Age of Chaos"* (Convergent/Random House, 2021).

Artículos de Sohrab

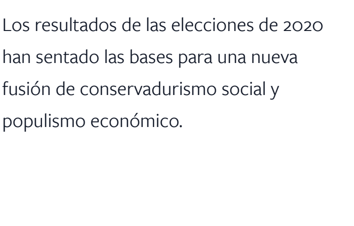
MÁS COMO ESTO



¿Hacia dónde va el "Gran Partido Nuevo"?

Jorge González-Gallarza | 7 de enero de 2022

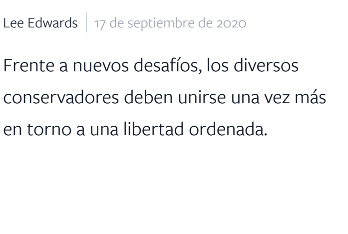
Hace doce años, un dúo de jóvenes intelectuales de centroderecha pronosticó el futuro del conservadurismo. Medio año después del primer mandato de Barack Obama, Ross...



El realineamiento es real

| 12 de noviembre de 2020

Los resultados de las elecciones de 2020 han sentado las bases para una nueva fusión de conservadurismo social y populismo económico.



Necesitamos un nuevo fusionismo

Lee Edwards | 17 de septiembre de 2020

Frente a nuevos desafíos, los diversos conservadores deben unirse una vez más en torno a una libertad ordenada.

© 2022 The American Conservative, una publicación de The American Ideas Institute.
Pautas de publicidad | política de privacidad